



XXVI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO*

**“Y al que escandalice a uno de estos pequeños
que creen...”**

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Números 11,25-29; Santiago 5,1-6; Marcos 9,38-43.45.47-48

La segunda parte del evangelio según san Marcos parece centrarse en la enseñanza de Jesús a los discípulos (9,31) para que puedan entender y asumir su camino, marcado por el rechazo de las autoridades religiosas y el sufrimiento, que habría de culminar en Jerusalén con la condenación y la muerte en cruz. Que no piensen en un camino de éxito y poder en el que ellos podrían llegar a ser los grandes privilegiados. Les ha recordado ya –y se lo repetirá más adelante (10,43-45)- que su llamado es a hacerse “servidores de todos” (9,35).

Una nueva oportunidad la encuentra en este pequeño episodio. El discípulo Juan le comenta, bien seguro de lo que acaba de hacer: habían tratado de impedir “a uno que expulsaba demonios en tu nombre... porque no venía con nosotros”, como quien se arroga la capacidad exclusiva de hacer el bien sólo para quienes piensan como nosotros y caminan con nuestro grupo. Mentalidad sectaria y excluyente que tanto daño hace en la iglesia y en la sociedad. Es la “polarización” política y religiosa que destruye la posibilidad de colaboración y de trabajar junto con otros por el bien común, ante tantas necesidades elementales y urgentes de la población más empobrecida; nos impide reconocer y valorar cercanías que pueden resultar complementarias para trabajar algunos objetivos comunes.

Jesús, que “pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él” (Hech.10,38), reacciona y enseña: “el que no está contra nosotros, está por nosotros”. No es sólo tolerancia ante quien piensa distinto, sino la alegría de quien, sobre todo, quiere el bien de quienes sufren y lo pasan mal.

La mezquindad para reconocer lo bueno y lo valioso que hacen otros se alberga también en el corazón estrecho de los buenos. Olvidan la sobreabundante y gratuita bondad de Dios, que al decir de Jesús “hace salir su sol sobre malos y buenos” (Mt.5,45).

* Ciclo A

La primera lectura, escogida en consonancia con el evangelio del día, recuerda un episodio de los tiempos en que el pueblo de Israel acampaba en el desierto. Josué se pone celoso de que dos personas, que no habían estado presentes en la asamblea, también habían recibido el espíritu y profetizaban en medio del pueblo. La respuesta de Moisés, por el contrario, reconoce con gozo: “¡Ojalá que todo el pueblo de Yahvé profetizara porque Yahvé les daba su espíritu!” La profecía es carisma del pueblo de Dios: hablar desde la presencia solidaria en medio del pueblo, sobre sus situaciones y problemas, inspirados por el Espíritu de Jesús y según el Evangelio, con el cuidado de no pretender hacer pasar las opiniones e intereses personales como justificados por la Palabra de Dios. La profecía en lo que tiene de denuncia y de anuncio es más servicio al pueblo de Dios y a la humanidad en general, que privilegio y manifestación de poder de quien dice profetizar.

Pero las palabras de Jesús exigen ir más lejos. El Reinado de Dios se hace presente en la humanidad no sólo por la acción de los cristianos y en los límites de la Iglesia. En todas las personas que dan de comer y de beber, que actúan con solidaridad, promueven justicia y crean fraternidad, aunque no se reconozcan creyentes, se manifiesta el amor y la presencia salvífica de Dios (ver Mt.25). La iglesia es sólo signo y “sacramento de una salvación”, que, por ser don gratuito de Dios, se ofrece a la humanidad entera. Eso explica la mirada amplia y optimista de Jesús, que se alegra de que no sólo los que caminan con nosotros sanen y liberen para el bien de los oprimidos.

La segunda parte del texto evangélico resuena hoy con una fuerza estremecedora y golpea fuerte en la conciencia eclesial: “al que escandalice a uno de estos pequeños que creen, mejor le es que le pongan al cuello una de esas piedras de molino que mueven los asnos y le echen al mar”. Quizá en el pasado esas palabras pudieron parecernos una advertencia grave, un tanto exagerada, para evitar y prevenir comportamientos escandalosos individuales. Hoy lo leemos avergonzados, escandalizados, indignados, por tantos abusos y sufrimientos causados, especialmente a menores indefensos y por los silencios ominosos que encubrieron a culpables (individuales e institucionales) y abandonaron sin misericordia a las víctimas. Hay que valorar, sin duda, esfuerzos recientes para escuchar, acoger y acompañar a quienes sufrieron los abusos, así como reacciones y sanciones –a veces con una lentitud que también resulta escandalosa- a quienes han sido responsables, individuales y también institucionales, de los abusos y encubrimientos. La dureza de las palabras mencionadas de Jesús nos debería llevar más lejos y más al fondo: a revisar y replantear concepciones y estilos en la manera de comprender y desarrollar las relaciones entre las personas al interior de la comunidad eclesial, en concreto las que se dan entre quienes ejercen un ministerio y los fieles. El Papa Francisco ha llamado reiteradamente la atención sobre el “clericalismo”, arraigado entre muchos clérigos y aceptado también por no pocos fieles laicos.

Las palabras de Jesús advierten además con crudo realismo de la necesidad de conversión radical de todo aquello que en la práctica de los cristianos contradice el espíritu del evangelio y por tanto también es motivo de escándalo. Cabe pensar en

comportamientos de personas y grupos que, proclamándose cristianos, en su actuación social atentan contra la justicia, la solidaridad y la fraternidad en las relaciones laborales y familiares, en la actividad económica y en la política. Ciertamente todos debemos estar dispuestos a revisar con mucha honestidad qué es lo que en nuestra vida personal y en nuestras comunidades es “ocasión de pecado” –por comisión y por omisión- y es necesario convertir para entrar con alegría en “la Vida... en el Reino de Dios”. Las enseñanzas vertidas en la encíclica “Fratelli tutti” y otros escritos del Papa Francisco ofrecen buenos elementos para la reflexión y para orientar una práctica coherente.

La lectura correspondiente de la Carta de Santiago viene a precisar en situaciones muy concretas lo que las palabras de Jesús ya habían denunciado. Con un tono enérgico que recuerda el de los viejos profetas de Israel, denuncia la ostentación escandalosa de riqueza y consumo, y lo que parece ser su causa fundamental: el enriquecimiento injusto a costa de “el salario de los obreros que segaron sus campos y que no han pagado”. Sin duda se refiere a situaciones de explotación que se daban en la sociedad de ese tiempo; pero no podemos dejar de reconocer que bajo formas igualmente crueles se mantienen en la actividad económica de nuestros días. La crítica no es sólo social, sino claramente religiosa: “los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor”. Pero, contrariamente, muchos cristianos hacemos oídos sordos a esos “gritos”, o los amortiguamos calificándolos de resentimiento o desestabilizadores del orden económico. Santiago no es un provocador social, es un profeta cristiano que escuchó y siguió a Jesús. Hay que leerlo con una atención práctica y concreta de conversión y de transformación.

Tomando en serio a Jesús como lo hizo Santiago, no parecen de ninguna manera justificables las enormes diferencias sociales y económicas, la acumulación irracional de muy pocos y el hambre, no menos irracional, de millones de seres humanos dispersos por el mundo. Santiago, además, con gran lucidez, señala la relación causa-efecto entre ambas situaciones. No es politizar el evangelio; se trata, más bien, de desprivatizarlo y de reconocer el alcance histórico y político que por sí mismo tiene el evangelio. Si no, ¿por qué murió Jesús en cruz, condenado por el imperio más poderoso y avasallador de su tiempo?